

EL COMIENZO DEL FILOSOFAR

EL PASO DEL MITO AL *LOGOS*

La filosofía nació en Grecia en el siglo VI a.C. Esta afirmación, que parece no contener ninguna dificultad, precisa varias aclaraciones para su correcta comprensión. En primer lugar hay que señalar que cuando mencionamos a “Grecia” no hacemos referencia al país que hoy tiene ese nombre. Y que cuando hablamos de “los griegos” de aquella época, tampoco nos referimos a personas que ocupaban el territorio de la Grecia actual. En aquellos tiempos los griegos se encontraban en un territorio que coincide en gran medida, por una parte, con la Grecia actual, que incluía muchísimas islas entre las que se destacaban por su tamaño Creta y Rodas; pero además se encontraban también en la costa actual de Turquía, el sur de la actual Italia y la isla de Sicilia (esta zona era llamada la Magna Grecia), y algunas zonas costeras del sur de la Francia actual, como la ciudad de Massalia (actualmente Marsella). Lo que tenían en común aquellos “griegos” era fundamentalmente su idioma, y con él su cultura en el sentido más amplio. Quienes no hablaban griego eran “los otros”, los bárbaros. De modo que en aquellos tiempos Grecia era una unidad cultural y no una unidad política. Mileto, la ciudad donde apareció el primer filósofo que conocemos, Tales de Mileto, estaba entonces en la costa de la actual Turquía, y constituía una de las llamadas “colonias griegas del Asia Menor”.

En esta zona del Mediterráneo que habitaban, los griegos hacia los siglos VIII y VII a.C. ejercieron una gran actividad de navegación y comercio, lo que facilitó su desarrollo cultural. Además, en esta época surgió la *polis*, que permitió una vida pública más intensa. En efecto, con la *polis* la construcción urbana ya no es más un agregado a la fortificación que defiende al palacio real, sino un espacio público

común que tiene su centro en el *agora*, la plaza donde se debaten los asuntos comunes. Es en el *agora*, pues, donde los conocimientos y las costumbres son sometidos a discusión a través del diálogo entre los ciudadanos (*polítes*). Esto tendrá una gran importancia en el plano intelectual, pues permitirá el nacimiento de lo que con el tiempo se llamará *philosophía*.

La aparición de la filosofía representa una novedad en la manera de pensar de los griegos. (Adviértase que la filosofía, como la ciencia, estrictamente hablando es creación de los griegos. De ningún otro pueblo de la antigüedad podemos afirmar que tuvieron filosofía antes que ellos, y los que la tuvieron después, la tuvieron gracias a ellos). Claro está que hubo una forma de pensamiento anterior, que en este contexto podríamos llamar prefilosófica. El paso de una forma de pensar a la otra no fue un cambio repentino, sino gradual, paulatino. No existe una línea divisoria claramente visible entre el pensar anterior al pensar filosófico y el de los filósofos. Incluso puede aceptarse que algunos aspectos del pensamiento anterior continuaron por algún (o por muchísimo) tiempo junto al pensamiento científico o filosófico. Este paso del pensamiento prefilosófico al filosófico puede llamarse el paso del mito al *logos*, o paso de la explicación mítica del mundo a una explicación racional.

Por mitología no debe entenderse aquí un cuento fantástico sobre las aventuras de dioses o personajes movidos por la voluntad de éstos. El mito griego es algo mucho más serio que eso. Y digo el mito griego porque es el que aquí interesa, ya que los mitos no tienen las mismas características en las diferentes culturas, aunque por lo general coinciden –los mitos del mundo antiguo– en que se refieren a “cómo pasaron las cosas” en tiempos remotos, lo que da alguna explicación de por qué en el momento que se los considera las cosas sean como son, lo que relaciona al mito con la *arkhé*, el origen.

Cuando los autores analizan el mito griego fundamentalmente se refieren a lo que la tradición planteaba entre los siglos VIII y VII a.C., es decir, fundamentalmente Homero y Hesíodo. Un poco más tarde, también será una fuente invalorable la tragedia griega. Esto significa que en el mundo griego debemos el relato sobre sus orígenes a los poetas y no a historiadores o científicos.

Lamentablemente no se dispone de datos seguros sobre la etimología del término “mito”. Para los griegos *mythos* significaba “relato”, “anuncio” o “mensaje”, con relación a algo que se ha dicho, una

historia o una narración. Pero también significaba “palabra” o “discurso”. Platón, que parece ser el primer autor que utiliza el término mitología, lo utiliza fundamentalmente en el sentido de “contar historias”. La raíz del término *mythos* tal vez sea el verbo griego *myeo*, que significa “iniciar en los misterios”, lo que da un cierto vínculo entre mito y misterio. Pero este verbo *-myeo-* también quiere decir “cerrar”, o “abrir y cerrar”, como en el caso de los ojos ante la luz. Si esto es así, la filosofía no será la negación del *mythos*, sino más bien su superación bajo una forma que permite, hasta donde es humanamente posible, una comprensión racional del mundo en su conjunto o su origen. Entre los filósofos antiguos la referencia a la “luz” es reiterada. Platón y Aristóteles relacionaron la luz con la verdad que debe ser buscada a través de la contemplación, luz que por su esplendor puede en un primer momento hacer cerrar los ojos.

El mito griego hace referencia a realidades que explican el sentido último de la existencia humana en su relación con los dioses. Hay quienes descalifican a la *Odisea*, por ejemplo, por considerarla nada más que un cuento popular, pero esta obra –que ciertamente era un cuento popular– muestra claramente de qué manera los griegos entendían la participación de los dioses en los actos humanos cotidianos. El mito es entonces la “palabra” que expresa la experiencia originaria del vínculo entre los dioses, el cosmos y los hombres. En este sentido el *mythos* está más cerca del *logos* que de la mera fábula.

En las obras que atribuimos a Homero se puede percibir que los poderes que gobiernan el *kósmos* se ocupan no solamente del destino de la humanidad o de las ciudades, sino también de lo que les ocurre a los seres humanos individuales. De modo que los dioses no solamente explican todo lo que existe y sucede en el mundo natural, sino que intervienen también en los acontecimientos humanos. Apolo, hijo de Júpiter, le responde a Minerva, la diosa de los brillantes ojos: “Hagamos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos, provoque a los dánaos a pelear con él en terrible y singular combate; e indignados los aqueos, de hermosas grebas, susciten a alguien que mida sus armas con el divino Héctor”. (*La Ilíada*, Canto VII, nº 37). Y en la famosa y tantas veces contada muerte de Patroclo, es un dios quien lo mata: “Patroclo acometió furioso a los teucros: tres veces los atacó, cual otro Marte, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando semejante a un dios, arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, vióse claramente que ya llegabas al término de tu vida, pues el terrible

Febo salió a tu encuentro en el duro combate. Mas Patroclo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. (*La Iliada*, Canto XVI, nº 783).

Pero el mito también da una explicación sobre el origen del universo. Hesíodo, en su *Teogonía*, sostiene que el origen de todo es el *Caos*, que contenía el principio de todas las cosas, antes que naciesen los dioses, la Tierra (*Gaia* o *Gea*), el Tártaro, lugar de los castigos en el mundo subterráneo y *Eros*, el más hermoso de los dioses. Del *Caos* nacieron el *Erebo* (las tinieblas) y la Noche. De éstos se originaron el *Eter* (el cielo superior, donde la luz es más pura) y el *Día*. La Tierra engendró al Cielo estrellado (*Urano*), los grandes Montes, a *Ponto* (el mar) y a los Titanes y Gigantes, de quienes desciende Zeus, que tras varias aventuras mandó a sus antecesores al Tártaro y quedó como señor del Olimpo, la morada de los dioses. En la *Teogonía* las *Musas* nos dicen cómo al comienzo, los dioses y la tierra fueron engendrados:

*Decidme todo esto, Musas
que tenéis vuestros hogares sobre el Olimpo,
desde el comienzo, y decidme quién fue primero
entre ellos.*

Primero de todo fue el Caos (...)

Para Hesíodo el *Caos* es el abismo abierto, vacío e insondable. Es continente, fuente y término de toda la realidad. Por eso los cosmólogos jonios desarrollaron la idea del infinito primordial, que permanece como continente del cosmos. Pero aquí lo que interesa destacar es que el mito ya tiene la noción de que hay un primer principio de todo lo existente. Y esta noción le ha llegado a Hesíodo de una tradición muy antigua, que hacía de la genealogía un instrumento lógico. Y el triunfo de *Zeus* sobre los poderes desordenados puede ser un antecedente de la noción de un principio inteligente del mundo.

A la explicación del mundo a través del mito le sucedió otra centrada en la noción de *logos*, pero esto sucedió de una manera gradual, a través de los siglos VI y V a.C. La palabra griega *logos* tiene muchos significados, muchos de ellos análogos. Un diccionario actual del idioma griego puede dar hasta veintiséis significados, pero la mayor parte de ellos giran alrededor de los significados “palabra” o “ra-

zón”. *Mythos* también podía significar “palabra”, pero *logos* es la palabra pronunciada para manifestar un acto de comprensión. El *logos* en este contexto se refiere entonces a lo racional, a lo que es comprensible para el hombre, aquello de lo que se puede dar una explicación racional. Hablar, entonces, de la filosofía como el paso del mito al *logos* implica afirmar que la filosofía nace cuando el pueblo griego comienza a superar una explicación mítica del mundo para buscar una explicación racional. La filosofía es “obra de la razón” y desde los griegos solamente admitirá como contenido de su reflexión lo que la razón humana puede comprender. La creencia de que los dioses son la única explicación de todo lo que existe en el mundo natural y en el mundo humano comienza a ser substituida por la que afirma que el mundo que podemos conocer a través de nuestros sentidos, el mundo visible, puede ser explicado por un orden racional e inteligible al que la razón humana, dentro de sus posibilidades, puede acceder. Con el nacimiento de la filosofía estamos entonces ante un clima intelectual diferente al anterior, pues para los primeros filósofos el origen y el orden del mundo se constituye en un problema al que se le puede dar una respuesta racional, susceptible de ser debatida en el *agora* por los ciudadanos del mismo modo que se debaten otras cuestiones de interés común. La filosofía no substituye al culto religioso, al que estaba estrechamente relacionado el *mythos* (a comienzos del siglo IV a.C. Sócrates, ante la acusación de impiedad responderá: *yo creo en los dioses*), es algo *distinto*. Tampoco la filosofía condena al mito como algo intrínsecamente falso, porque más allá de sus diversos contenidos concretos, la función más genuina del mito es expresar creencias que el lenguaje no puede decir con claridad. El mito algo *muestra*, y el filósofo puede recurrir a él –como lo hizo Platón– del mismo modo que hoy el científico recurre a las metáforas. El peligro será pensar que solamente existe lo que la razón puede demostrar, pero no parece que los primeros filósofos pensaran esto.

La filosofía en sus comienzos no trató cuestiones que estaban incluidas en el mito, como la mortalidad del hombre y la inmortalidad de los dioses, la esencia de la divinidad o el destino de los muertos. Probablemente la razón de esto es que su interés inicial fue dar una explicación racional de la *physis*, esto es, de la naturaleza. Y esto es algo fundamentalmente nuevo. Hombres como Tales, Anaximandro o Anaxímenes tratan de dar una explicación de conjunto sobre el origen y el orden del mundo, del movimiento de las cosas y su duración en el

tiempo, sometiéndolo todo al pensamiento teórico y causal, enriquecido por las observaciones empíricas propias o ajenas. Y esto ocurrió en Jonia, a principios del siglo VI a.C.

La ciudad de Mileto era una de las ciudades griegas más avanzadas en su época. Allí surgieron pensadores que por primera vez se plantearon el problema de encontrar la *arkhé* de la *physis*, es decir, el principio u origen de la naturaleza. Estos primeros filósofos no descartaron que ese principio pudiese implicar alguna intervención divina, pero buscaban una respuesta racionalmente comprensible, dentro de lo humanamente posible, ciertamente diferente al politeísmo vigente en aquellos días. Creían que el mundo había surgido de una unidad primigenia, y que si había un primer principio de todas las cosas, este primer principio debería estar presente en todas las cosas, más allá de sus distintas manifestaciones.

Diógenes Laercio, autor de quien prácticamente nada se sabe, salvo que vivió probablemente en el siglo III d. C., afirma en el *Proemio* de su único libro conocido, *Vidas de los más ilustres filósofos*, que Pitágoras fue el primero que se llamó a sí mismo filósofo, agregando en el libro VIII que éste sostenía que hay tres tipos de hombres, como los que van a los juegos: unos van a competir, en busca de la gloria, otros a comerciar, porque rigen su vida por lo útil, y otros, finalmente, simplemente a ver. Y éstos son los filósofos, “amantes de la virtud”. Si bien esto podría ser cierto, (que fue Pitágoras el primero en *llamarse* filósofo), Tales de Mileto, que vivió antes que Pitágoras, fue el primer filósofo que conocemos. Diógenes Laercio sostiene que Tales “fue el primero que tuvo el nombre de *sabio*, cuando se nombraron así los siete”. Y Aristóteles, en un pasaje muy conocido de la *Metafísica* (983b 20) sostiene que es “el fundador de este tipo de filosofía” (de la filosofía jónica que buscaba una explicación racional del universo). El texto de Aristóteles es el siguiente:

En cuanto al número y carácter de semejante principio, no todos concordaron. Tales, el fundador de este tipo de filosofía, dijo que es el agua (por eso sostenía que la Tierra flotaba sobre el agua); quizás llegara a esta creencia observando que el alimento de todas las cosas es lo húmedo y que el mismo calor nace de él y que de él vive (porque principio es aquello de donde nacen todas las cosas). I, 983b 19 – 25.

Pero como observa el Estagirita, esto ya había sido propuesto

por “pensadores de edad muy temprana”, que consideraron a Océano y a Tetis padres de la generación de las cosas y observaron que el juramento de los dioses se hace por el agua, que los poetas llaman Estigia. Se dice, concluye Aristóteles, “que esto era lo que pensaba Tales acerca de la primera causa” (Met., I, 983b 25 – 984a 5). Es muy probable que Tales haya estado influenciado por el mito, en el cual suele aparecer el agua o lo húmedo como origen de todas las cosas. La referencia de Aristóteles es muy probablemente Homero, quien en *La Iliada* se refiere a “Océano generador de los dioses, y Tetis madre” (*La Iliada*, XIV, 201 y 302). *Tethys* era la diosa de la humedad, porque a todo sirve de nutrición y todo lo conserva.

La ciudad de Mileto estaba en su época en condiciones de posibilitar el nacimiento de la filosofía por varias razones: el idioma griego de sus habitantes, particularmente apto para el pensamiento abstracto, la organización de la *polis*, que permitía la libre discusión de los problemas en el *agora*, el desarrollo de la navegación, que le permitía estar en contacto con otros lugares que tenían otras culturas (fue de especial importancia su relación con Egipto), su desarrollo comercial, etc. ¿Cuál fue la causa que motivó a estos primeros pensadores a filosofar? Ciertamente no fue la utilidad, sino más bien la curiosidad por saber lo que no se sabe. Su interés no fue dominar las fuerzas de la naturaleza, sino contemplar la verdad de las cosas, la *theoría*. Aristóteles da testimonio de esto cuando sostiene que los primeros que filosofaron lo hicieron movidos por la admiración o el asombro. “así, pues, si los primeros filósofos se dieron a filosofar para huir de la ignorancia, persiguieron el saber en consideración del conocimiento y no por su utilidad” (Met. 982b 20-25).

A mediados del siglo VI a.C., en Elea, ciudad griega situada en la Italia actual, al sur de Nápoles, floreció uno de los más grandes filósofos presocráticos, Parménides de Elea. Al comienzo de su poema Parménides describe el tránsito de la oscuridad hacia la luz, del error al conocimiento de la verdad. Hay dos caminos de búsqueda: el camino del ser y el camino del no ser (fragmento 2). Pues hay ser (fragmento 6). Y de esto nos percatamos, *noein*. Y éste parece ser el ser del propio ser: manifestarse de tal manera que aparezca inmediatamente como la luz del día. Con Parménides la filosofía ha conquistado su autonomía y comenzado su camino de búsqueda de la luz del conocimiento que se alcanza por la razón natural, búsqueda que no terminará nunca mientras los hombres sean movidos por la pasión de la verdad.

Para quien quiera tener una primera mirada de conjunto sobre la Grecia antigua es recomendable la lectura, entre otras cosas por el estilo ameno y sumamente atractivo, de la obra del escritor y periodista italiano Indro Montanelli *Historia de los griegos* (hay traducción española). Para una comprensión más específica de los griegos en su época arcaica son recomendables las obras que tratan sobre Homero, como la de Mireaux, Emile: *La vida cotidiana en los tiempos de Homero*. (Trad. de Ricardo Anaya. Ed. Hachette, Buenos Aires, 1962) y la de Vidal-Naquet, Pierre: *El mundo de Homero*. (Trad. de Daniel Zadunaisky. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001). Para la relación entre mito y logos utilicé fundamentalmente la obra ya clásica de Disandro, Carlos A.: *Tránsito del mitos al logos. Hesíodo. Heráclito. Parménides*. (Ed. Hostería Volante. La Plata, 1969), y la de Kirk, G. S.: *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas* (Trad. de Teófilo de Loyola. Paidós, Barcelona, 1985), principalmente los capítulos 1 y 5. Puede verse también Eliade, Mircea: *Mito y realidad*. Traducción de Luis Gil. Ed. Guadarrama. Madrid, 1968. Debo mucho a la lectura del breve pero fundamental trabajo de Vernant, Jean-Pierre, uno de los mayores helenistas del siglo XX fallecido en enero de 2007: *Los orígenes del pensamiento griego*. (Trad. de Marino Ayerra. EUDEBA, Buenos Aires, 1976). He tomado también datos de Guthrie, W. K. C.: *Historia de la filosofía griega*. Tomo I: *Los primeros presocráticos y los pitagóricos* (Trad. de Alberto Medina González. Ed. Gredos, Madrid, 1991), Gadamer, Hans-Georg: *El inicio de la filosofía occidental* (Trad. de Joan Joseph Mussarra. Segunda edición revisada y ampliada. Ed. Paidós, Barcelona, 2003) y Jaeger, Werner: *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Libro I (Trad. de Joaquín Xirau. Fondo de Cultura Económica. México, 1971), Capítulo IX: *El pensamiento filosófico y el descubrimiento del cosmos*. Las citas de Homero corresponden a *La Iliada* (Trad. de Luis Segalá y Estalella. Espasa Calpe, Madrid, 1973). La referencia a Diógenes Laercio es de *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* (Trad. de José Ortiz y Sanz. En: *Biógrafos griegos*. Aguilar, Madrid, 1964). La obra de Diógenes Laercio es de una veracidad discutible, pero constituye un aporte irremplazable sobre las noticias antiguas que contiene. Los textos que he citado de Aristóteles pertenecen a la *Metafísica*, traducción de Hernán Zucchi, (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1978). La *Teogonía* de Hesíodo se encuentra en una edición recomendable: Hesíodo: *Teogonía. Trabajos y días*. Edición bilingüe. Introducción, traducción y notas de Lucía Liñares. Editorial Losada. Buenos Aires, 2006.

Juan Carlos Pablo Ballesteros